



ALMOHADÓN DE PLUMAS Horacio Quiroga

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer. Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre. La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia. En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido. No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra. Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absoluto. —No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada. Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida. Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pesos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección. Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor. —¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra. Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror. —¡Soy yo, Alicia, soy yo! Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y

tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando. Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos. Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor. —Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... poco hay que hacer... —¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa. Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha. Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán. Murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón. —¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre. Jordán se acercó rápidamente y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras. —Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación. — Levántelo a la luz —le dijo Jordán. La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban. —¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca. —Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar. Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós: — sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca. Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca — su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin dada su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia. Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

\* \* \* \* \*

Vivía en otros tiempos una hechicera que tenía tres hijos, los cuales se amaban como buenos hermanos; pero la vieja no se fiaba de ellos, temiendo que quisieran arrebatárle su poder. Por eso transformó al mayor en águila, que anidó en la cima de una rocosa montaña, y sólo alguna que otra vez se le veía describiendo amplios círculos en la inmensidad del cielo. Al segundo lo convirtió en ballena, condenándolo a vivir en el seno del mar, y sólo de vez en cuando asomaba a la superficie, proyectando a gran altura un poderoso chorro de agua. Uno y otro recobraban su figura humana por espacio de dos horas cada día. El tercer hijo, temiendo verse también convertido en alimaña, oso o lobo, por ejemplo, huyó secretamente. Habíase enterado de que en el castillo del Sol de Oro residía una princesa encantada que aguardaba la hora de su liberación; pero quien intentase la empresa exponía su vida, y ya veintitrés jóvenes habían sucumbido tristemente. Sólo otro podía probar suerte, y nadie más después de él. Y como era un mozo de corazón intrépido, decidió ir en busca del castillo del Sol de Oro. Llevaba ya mucho tiempo en camino, sin lograr dar con el castillo, cuando se encontró extraviado en un inmenso bosque. De pronto descubrió a lo lejos dos gigantes que le hacían señas con la mano, y cuando se hubo acercado, le dijeron: - Estamos disputando acerca de quién de los dos ha de quedarse con este sombrero, y, puesto que somos igual de fuertes, ninguno puede vencer al otro. Como vosotros, los hombrecillos, sois más listos que nosotros, hemos pensado que tú decidas. - ¿Cómo es posible que os peleéis por un viejo sombrero? -exclamó el joven. - Es que tú ignoras sus virtudes. Es un sombrero milagroso, pues todo aquel que se lo pone, en un instante será transportado a cualquier lugar que desee. - Venga el sombrero -dijo el mozo-. Me adelantaré un trecho con él, y, cuando llame, echad a correr; lo daré al primero que me alcance. Y calándose el sombrero, se alejó. Pero, llena su mente de la princesa, olvidóse en seguida de los gigantes. Suspirando desde el fondo del pecho, exclamó: - ¡Ah, si pudiese encontrarme en el castillo del Sol de Oro! -y, no bien habían salido estas palabras de sus labios, hallóse en la cima de una alta montaña, ante la puerta del alcázar. Entró y recorrió todos los salones, encontrando a la princesa en el último. Pero, ¡qué susto se llevó al verla! Tenía la cara de color ceniciento, lleno de arrugas; los ojos, turbios, y el cabello, rojo. - ¿Vos sois la princesa cuya belleza ensalza el mundo entero? - ¡Ay! -respondió ella-, ésta que contemplas no es mi figura propia. Los ojos humanos sólo pueden verme en esta horrible apariencia; más para que sepas cómo soy en realidad, mira en este espejo, que no yerra y refleja mi imagen verdadera. Y puso en su mano un espejo, en el cual vio el joven la figura de la doncella más hermosa del mundo entero; y de sus ojos fluían amargas lágrimas que rodaban por sus mejillas. Díjole entonces: - ¿Cómo puedes ser redimida? Yo no retrocedo ante ningún peligro. - Quien se apodere de la bola de cristal y la presente al brujo, quebrará su poder y me restituirá mi figura original. ¡Ay! -añadió-, muchos han pagado con la vida el intento, y, viéndote tan joven, me duele ver el que te expongas a tan gran peligro por mí. - Nada me detendrá -replicó él-, pero dime qué debo hacer. - Vas a saberlo todo -dijo la princesa-: Si descienes la montaña en cuya cima estamos, encontrarás al pie, junto a una fuente, un salvaje bisonte, con el cual habrás de luchar.

Si logras darle muerte, se levantará de él un pájaro de fuego, que lleva en el cuerpo un huevo ardiente, y este huevo tiene por yema una bola de cristal. Pero el pájaro no soltará el huevo a menos de ser forzado a ello, y, si cae al suelo, se encenderá, quemando cuanto haya a su alrededor, disolviéndose él junto con la bola de cristal, y entonces todas tus fatigas habrán sido inútiles. Bajó el mozo a la fuente, y en seguida oyó los resoplidos y feroces bramidos del bisonte. Tras larga lucha consiguió traspasarlo con su espada, y el monstruo cayó sin vida. En el mismo instante desprendióse de su cuerpo el ave de fuego y emprendió el vuelo; pero el águila, o sea, el hermano del joven, que acudió volando entre las nubes, lanzóse en su persecución, empujándola hacia el mar y acosándola a picotazos, hasta que la otra, incapaz de seguir resistiendo, soltó el huevo. Pero éste no fue a caer al mar, sino en la cabaña de un pescador situada en la orilla, donde en seguida empezó a humear y despedir llamas. Eleváronse entonces gigantescas olas que, inundando la choza, extinguieron el fuego. Habían sido provocadas por el hermano, transformado en ballena, y, una vez el incendio estuvo apagado, nuestro doncel corrió a buscar el huevo, y tuvo la suerte de encontrarlo. No se había derretido aún, mas, por la acción del agua fría, la cáscara se había roto y, así, el mozo pudo extraer, indemne, la bola de cristal. Al presentarse con ella al brujo y mostrársela, dijo éste: - Mi poder ha quedado destruido, y, desde este momento, tú eres rey del castillo del Sol de Oro. Puedes también desencantar a tus hermanos, devolviéndoles su figura humana. Corrió el joven al encuentro de la princesa y, al entrar en su aposento, la vio en todo el esplendor de su belleza y, rebosantes de alegría, los dos intercambiaron sus anillos.

\* \* \* \* \*

### La pieza ausente de Pablo de Santis

Comencé a coleccionar rompecabezas cuando tenía quince años. Hoy no hay nadie en esta ciudad —dicen— más hábil que yo para armar esos juegos que exigen paciencia y obsesión. Cuando leí en el diario que habían asesinado a Nicolás Fabbri, adiviné que pronto sería llamado a declarar. Fabbri era director del Museo del Rompecabezas. Tuve razón: a las doce de la noche la llamada de un policía me citó al amanecer en las puertas del museo. Me recibió un detective alto, que me tendió la mano distraídamente mientras decía su nombre en voz baja —Laínez— como si pronunciara una mala palabra. Le pregunté por la causa de la muerte: “Veneno” —dijo entre dientes. Me llevó hasta la sala central del Museo, donde está el rompecabezas que representa el plano de la ciudad, con dibujos de edificios y monumentos. Mil veces había visto ese rompecabezas: nunca dejaba de maravillarme. Era tan complicado que parecía siempre nuevo, como si, a medida que la ciudad cambiaba, manos secretas alteraran sus innumerables fragmentos. Noté que faltaba una pieza. Laínez buscó en su bolsillo. Sacó un pañuelo, un cortaplumas, un dado, y al final apareció la pieza. “Aquí la tiene”. Encontramos a Fabbri muerto sobre el rompecabezas. Antes de morir arrancó esta pieza. Pensamos que quiso dejarnos una señal. Miré la pieza. En ella se dibujaba el edificio de una biblioteca, sobre una calle angosta. Se leía, en letras diminutas, Pasaje La Piedad. —Sabemos que Fabbri tenía enemigos —dijo Laínez. Coleccionistas

resentidos, como Santandrea, varios contrabandistas de rompecabezas, hasta un ingeniero loco, constructor de juguetes, con el que se peleó una vez. —Troyes— dije. Lo recuerdo bien. — También está Montaldo, el vicedirector del Museo, que quería ascender a toda costa. ¿Relaciona a alguno de ellos con esa pieza? —Dije que no. — ¿Ve la B mayúscula, de Biblioteca? Detuvimos a Benveniste, el anticuario, pero tenía una buena coartada. También combinamos las letras de La Piedad buscando anagramas. Fue inútil. Por eso pensé en usted. Miré el tablero: muchas veces había sentido vértigo ante lo minucioso de esa pasión, pero por primera vez sentí el peso de todas las horas inútiles. El gigantesco rompecabezas era un monstruoso espejo en el que ahora me obligaban a reflejarme. Solo los hombres incompletos podíamos entregarnos a aquella locura. Encontré (sin buscarla, sin interesarme) la solución. — Llega un momento en el que los coleccionistas ya no vemos las piezas. Jugamos en realidad con huecos, con espacios vacíos. No se preocupe por las inscripciones en la pieza que Fabbri arrancó: mire mejor la forma del hueco. Laínez miró el punto vacío en la ciudad parcelada: leyó entonces la forma de una M. Montaldo fue arrestado de inmediato. Desde entonces, cada mes me envía por correo un pequeño rompecabezas que fabrica en la prisión con madera y cartones. Siempre descubro, al terminar de armarlos, la forma de una pieza ausente, y leo en el hueco la inicial de mi nombre.

\* \* \* \* \*

#### “La casa abandonada” Carlos Rodríguez Gesualdi.

No puedo explicar cómo apareció la casa. Simplemente, de pronto estaba ahí. No es que fuera nueva, que

alguien acababa de construirla a velocidad récord, no; por el contrario, estaba casi derrumbada. Apareció de

pronto aquí, en nuestro barrio, de un día para el otro.

Caminaba con mis amigos cuando la encontramos. Al principio no nos pareció tan raro: era solo una vieja

casa abandonada que nunca habíamos visto. A ninguno se le ocurrió pensar que era imposible que nunca la

hubiéramos visto, si habíamos vivido aquí toda la vida y casi siempre estábamos en la calle.

Esa noche de sábado, por ejemplo, habíamos salido a caminar el Chapa, el Bocha y yo. A nosotros no nos

gusta el sábado; nos molesta que todo el mundo salga, que la gente se vista como en la película de Travolta.

Pero menos nos interesa quedarnos en casa, donde nuestros padres ven televisión, nos piden que bajemos la

música y encienden todas las luces de la casa como si celebraran algo. Así es que los sábados no tenemos

adónde ir; en nuestras casas nos sentimos incómodos; no tenemos otros amigos y, como odiamos las fiestas,

siempre terminamos saliendo a caminar.

Esa noche anduvimos un poco por Libertador, pero había demasiada gente y mucha luz, así que doblamos

por unas calles desiertas. Cuando llegamos hasta la barranca que da al río, nos llamó la atención una cuadra

poco iluminada. Estábamos tan cansados de ver el mismo tipo de casas que nos atrajo muchísimo esa calle

oscurecida. Sobre todo, porque los tres vivíamos cerca y habíamos pasado muchas veces por ahí sin notarla. Así

que entramos por esa pequeña calle hasta que vimos esa casa abandonada.

En medio de un parque enorme, lleno de árboles y altos pastos sin cortar, se levantaba ese inmenso edificio

con techos en punta, millones de galerías, balcones, terrazas y columnas. Las maderas de las paredes se veían

rotas en algunas partes, una sección entera del techo se había caído, los vidrios estaban sucios. Murciélagos

inquietos revoloteaban alrededor de la única torre, del mismo color que la noche.

- ¡Es una casa abandonada!

-Mejor- me corrigió el Chapa-, una casa abandonada fantasma.

-Fantasma sos vos, si crees esas idioteces- se burló el Bocha.

-Te voy a dar- le contestó el Chapa, pero no se movió. Los tres estábamos hipnotizados por el aspecto ruinoso

del lugar.

Tanteábamos la reja que rodeaba el parque. Pudimos sentir en las manos el hierro viejo y oxidado. Tuvimos

miedo.

Miramos hacia arriba. La reja, que era altísima, terminaba en unos pinchos en forma de estrella: por ahí no

íbamos a poder entrar. Caminamos alrededor de la reja, tanteando los barrotes, y cuando encontramos uno más

vencido por el óxido que los demás, nos miramos en silencio.

- ¿Nos atrevemos? - nos preguntamos todos.

- ¿Qué puede pasar? - nos animó el Bocha.

-Nada- aseguré yo-. Si está abandonada.

- ¿Y si hay un perro o un guardián? - continuó el Bocha

-Pero mirá que sos- casi se enojó el Chapa-, como va a vivir un guardia en esa casa destruida. Mirá le falta

medio techo.

-Es cierto- confirmé-, y un perro se hubiera muerto de hambre hace años.

- ¿Entonces?

- ¿Entonces qué? Si además no tenemos nada que hacer... ¿Qué preferís? ¿Ir a una fiesta? ¿Salir con Miranda?

Todos nos reíamos, porque Miranda es la chica del colegio más presumida y vanidosa que existe. Se cree

que por ser linda todo el mundo debe escuchar con admiración cualquier cosa que se le ocurra decir, pero

nosotros no somos tan ingenuos, vivimos molestándola y peleándonos con los que la defienden

\* \* \* \* \*

Manos, de Elsa Bornemann

---

Montones de veces —y a mi pedido— mi inolvidable tío Tomás me contó esta historia "de miedo" cuando yo era chica y lo acompañaba a pescar ciertas noches de verano. Me aseguraba que había sucedido en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. En Pergamino o Junín o Santa Lucía... No recuerdo con exactitud este dato ni la fecha cuando ocurrió tal acontecimiento y —lamentablemente— hace años que él ya no está para aclararme las dudas. Lo que sí recuerdo es que —de entre todos los que el tío solía narrarme mientras sostenía la caña sobre el río y yo me echaba a su lado, cara a las estrellas— este relato era uno de mis preferidos. — ¡Te pone los pelos de punta y —sin embargo— encantada de escucharlo! ¿Quién entiende a esta sobrina? —me decía el tío—. Ah, pero después no quiero quejas de tu mamá, ¿eh? Te lo cuento otra vez a cambio de tu promesa... Y entonces yo volvía a prometerle que guardaría el secreto, que mi madre no iba a enterarse de que él había vuelto a narrármelo, que iba a aguantarme sin llamarla si no podía dormir más tarde cuando —de regreso a casa— me fuera a la cama y a la soledad de mi cuarto. Siempre cumplí con mis promesas. Por eso, esta historia de manos —como tantas otras que sospecho eran inventadas por el tío o recordadas desde su propia infancia— me fue contada una y otra vez. Y una y otra vez



la conté yo misma —años después— a mis propios "sobrinijos" así como — ahora— me dispongo a contártela: como si —también— fueras mi sobrina o mi sobrino, mi hija o mi hijo y me pidieras: —¡Dale, tía; dale, mami, un cuento "de miedo"! Y bien. Aquí va: Martina, Camila y Oriana eran amigas amiguísimas. No sólo concurrían a la misma escuela, sino que —también— se encontraban fuera de los horarios de las clases. Unas veces, para preparar tareas escolares y otras, simplemente para estar juntas. De otoño a primavera, las tres solían pasar algunos fines de semana en la casa de campo que la familia de Martina tenía en las afueras de la ciudad. ¡Cómo se divertían entonces! Tantos juegos al aire libre, paseos en bicicleta, cabalgatas, fogones al anochecer... Aquel sábado de pleno invierno —por ejemplo—lo habían disfrutado por completo, y la alegría de las tres nenas se prolongaba —aún— durante la cena en el comedor de la casa de campo porque la abuela Odila les reservaba una sorpresa: antes de ir a dormir les iba a enseñar unos pasos de zapateo americano, al compás de viejos discos que había traído especialmente para esa ocasión. Adorable la abuela de Martina. No aparentaba la edad que tenía. Siempre dinámica, coqueta, de buen humor, conversadora. Había sido una excelente bailarina de "tap"<sup>1</sup>. Las chicas lo sabían y por eso le habían insistido para que bailara con ellas. — ¿Por qué no lo dejan para mañana a la tardecita, ¿eh? Ya es hora de ir a descansar. Además, la abuela no paró un minuto en todo el día. Debe de estar agotada. La mamá de Martina trató —en vano— de convencerlas para que se fueran a dormir a las cuatro y no sólo a las niñas, porque la abuela tampoco estaba dispuesta a concluir aquella jornada sin la anunciada sesión de baile. Así fue como —al rato y mientras los padres, los perros y la gata se ubicaban en la sala de estar a manera de público— la abuela y las tres nenas se preparaban para la función casera de zapateo americano. Afuera, el viento parecía querer sumarse con su propia melodía: silbaba con intensidad entre los árboles. Arriba —bien arriba— el cielo, con las estrellas escondidas tras espesos nubarrones. La improvisada clase de baile se prolongó cerca de una hora. El tiempo suficiente como para que Martina, Camila y Oriana aprendieran —entre risas— algunos pasos de "tap" y la abuela se quedara exhausta y muy acalorada. Pronto, todos se retiraron a sus cuartos. Alrededor de la casa, la noche, tan negra como el sombrero de copa que habían usado para la función. Las tres nenas ya se habían acostado. Ocupaban el cuarto de huéspedes, como en cada oportunidad que pasaban en esa casa. Era un dormitorio amplio, ubicado en el primer piso. Tenía ventanas que se abrían sobre el parque trasero del edificio y a través de las cuales solía filtrarse el resplandor de la luna (aunque no en noches como aquella, claro, en la que la oscuridad era un enorme poncho cubriéndolo todo). En el cuarto había tres camas de una plaza, colocadas en forma paralela, en hilera y separadas por sólidas mesas de luz. En la cama de la izquierda, Martina, porque prefería el lugar junto a la puerta. En la cama de la derecha, Camila, porque le gustaba el sitio al lado de la ventana. En la cama del medio, Oriana, porque era miedosa y decía que así se sentía protegida por sus amigas. Las chicas acababan de dormirse cuando las despertó —de repente— la voz del padre. Terminaba de vestirse —nuevamente y de prisa— a la par que les decía: —La abuela se descompuso. Nada grave —creemos—, pero vamos a llevarla hasta el hospital del pueblo para que la revisen, así nos quedamos tranquilos. Enseguida volvemos. Ah, dice mamá que no vayan a levantarse, que traten de dormir hasta que regresemos. Hasta luego. ¿Dormir? ¿Quién podía dormir después de esa mala noticia? Las chicas no, al menos, preocupadas como se quedaban por la salud de la querida abuela. Y menos pudieron dormir minutos después de que oyeron el ruido del auto del padre, saliendo de la casa, ya que a la angustia de la espera se agregó el miedo por los tremendos ruidos de la tormenta que —finalmente— había decidido desmelenarse sobre la noche. Truenos y rayos que conmovían el corazón. Relámpagos, como gigantescas y electrizadas luciérnagas. El viento, volcándose como pocas veces antes. — ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! —gritó Oriana, de repente. Las otras dos también lo tenían, pero permanecían calladas, tragándose la inquietud. Martina trató de calmar a su amiguita (y

de calmarse, por qué negarlo) encendiendo su velador. Camila hizo lo mismo. La cama de Oriana fue —entonces— la más iluminada de las tres ya que —al estar en el medio de las otras— recibía la luz directa de dos veladores. —No pasa nada. La tormenta empeora la situación, eso es todo —decía Martina, dándose ánimo ella también con sus propios argumentos. —Enseguida van a volver con la abuela. Seguro —opinaba Camila. Y así —entre las lamentaciones de Oriana y las palabras de consuelo de las amigas más corajudas— transcurrió alrededor de un cuarto de hora en todos los relojes. Cuando el de la sala —grande y de péndulo— marcó las doce con sus ahuecados talanes, las jovencitas ya habían logrado tranquilizarse bastante, a pesar de que la tormenta amenazaba con tornarse inacabable. Las luces se apagaron de golpe. — ¡No me hagan bromas pesadas! —chilló Oriana— ¡Enciendan los veladores otra vez, malditas! —y asustada, ella misma tanteó sobre las mesitas para encontrar las perillas. Sólo encontró las manos de sus amigas, haciendo lo propio. — ¡Yo no apagué nada, boba! —protestó Camila. — ¡Se habrá cortado la luz! —supuso Martina. Y así era nomás. Demasiada electricidad haciendo travesuras en el cielo y nada allí —en la casa— donde tanto se la necesitaba en esos momentos... Oriana se echó a llorar, desconsolada. — ¡Tengo miedo! ¡Hay que ir a buscar las velas a la cocina! ¡Hay que bajar a buscar fósforos y velas! ¡O una linterna! —"¡Hay que!" "¡Hay que!" ¡Qué viva la señorita! ¿Y quién baja, ¿eh? ¿Quién? —se enojó Camila—. Yo, ¡ni loca! — ¡Yo tampoco! —agregó Martina—. Esta Oriana se cree que soy la Superniña, pero no. Yo también tengo miedo, ¡qué tanto! Además, mi mamá nos recomendó que no nos levantáramos, ¿recuerdan? Oriana lloraba con la cabeza oculta debajo de la almohada. —Buaaaah... ¿Qué hacemos entonces? ¡Me muero de miedo! Por favor, bajen a buscar velas... Sean buenas... Buaaaah... Martina sintió pena por su amiga. Si bien eran de la misma edad, Oriana parecía más chiquita y se comportaba como tal. Se compadeció y actuó —entonces— cual si fuera una hermana mayor. —Bueno, bueno; no llores más, Ori. Tranquila... Se me ocurrió una idea. Vamos a hacer una cosa para no tener más miedo, ¿sí? — ¿Qué... ué..? —balbuceó Oriana. —¿Qué cosa? —Camila también se mostró interesada, lógico (aunque seguía sin quejarse, el temor la hacía temblar). Martina continuó con su explicación: —Nos tapamos bien —cada una en su cama— y estiramos los brazos, bien estirados hacia afuera, hasta darnos las manos. Enseguida, lo hicieron. Obviamente, Oriana fue la que se sintió más amparada: al estar en el medio de sus dos amigas y abrir los brazos en cruz, pudo sentir un apretoncito en ambas manos. — ¡Qué suertuda Ori!, ¿eh? —bromeó Camila. —Desde tu cama se recibe compañía de los dos lados... —En cambio, nosotras... —completó Martina— sólo con una mano... Y así —de manos fuertemente entrelazadas— las tres niñas lograron vencer buena parte de sus miedos. Al rato, todas dormían. Afuera, la tormenta empezaba a despedirse. Gracias a Dios, la abuela ya se siente bien —les contó la madre al amanecer del día siguiente, en cuanto retornaron a la casa con su marido y su suegra y dispararon al primer piso para ver cómo estaban las chicas—. Fue sólo un susto. Como —a su regreso— las niñas dormían plácidamente, la abuela misma había sido la encargada de despertarlas para avisarles que todo estaba en orden. ¡Qué alegría! —Así me gusta. ¡Son muy valientes! Las felicito —y la abuela las besó y les prometió servirles el desayuno en la cama, para mimarlas un poco, después de la noche de nervios que habían pasado. —No tan valientes, señora... Al menos, yo no... —susurró Oriana, algo avergonzada por su comportamiento de la víspera—. Fue su nieta la que consiguió que nos calináramos... Tras esta confesión de la nena, padres y abuela quisieron saber qué habían hecho para no asustarse demasiado. Entonces, las tres amiguitas les contaron: —Nos tapamos bien, cada una en su cama como ahora... —Estirarnos los brazos así, como ahora... — Nos dimos las manos con fuerza, así, como ahora... ¡Qué impresión les causó lo que comprobaron en ese instante, María Santísima! Y de la misma no se libraron ni los padres ni la abuela. Resulta que por más que se esforzaron —estirando los brazos a más no poder— sus manos infantiles no llegaban a rozarse siquiera. ¡Y había que correr

las camas laterales unos diez centímetros hacia la del medio para que las chicas pudieran tocarse —apenas— las puntas de los dedos! Sin embargo, las tres habían — realmente— sentido que sus manos les eran estrechadas por otras, no bien llevaron a la acción la propuesta de Martina. — ¿Las manos de quién??? —exclamaron entonces, mientras los adultos trataban de disimular sus propios sentimientos de horror. — ¿De quiénes??? —corrigió Oriana, con una mueca de espanto. ¡Ella había sido tomada de ambas manos! Manos. Cuatro manos más aparte de las seis de las niñas, moviéndose en la oscuridad de aquella noche al encuentro de otras, en busca de aferrarse entre sí. Manos humanas. Manos espectrales. (Acaso —a veces, de tanto en tanto— los fantasmas también tengan miedo... y nos necesiten...)

## ENTREVISTA A ELSA BORNEMANN

### ELSA BORNEMANN ENTREVISTADA POR CHICOS

#### 9

LA REVISTA **Compinches**, UNA PUBLICACIÓN DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA QUE CIRCULÓ DURANTE 10 AÑOS (2001-2011) EN ARGENTINA Y CUYO CONTENIDO ESTABA PREPARADO ESPECIALMENTE PARA QUE PADRES E HIJOS COMPARTIERAN LA LECTURA, INCLUIA EN CADA NÚMERO UNA ENTREVISTA REALIZADA POR NIÑOS A UNA FIGURA DE NUESTRA VIDA CULTURAL.

DESDE LOS INICIOS DE LA PUBLICACIÓN, DISTINTOS EQUIPOS FORMADOS POR NIÑAS Y NIÑOS —ENTRENADOS Y COORDINADOS POR LAS PERIODISTAS *Gisela Schmidberg* Y *María Laura Efrón*— DIALOGARON CON MÚSICOS, ESCRITORES, ACTORES, ARTISTAS PLÁSTICOS, PROFESIONALES DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, DEPORTISTAS, HISTORIETISTAS, Y OTROS REPRESENTANTES DEL QUEHACER CULTURAL ARGENTINO.

LAS PREGUNTAS DE LOS PEQUEÑOS PERIODISTAS, REALIZADAS CON LA FRESCURA Y ESPONTANEIDAD PROPIAS DE LA EDAD, REFLEJAN UN INTENSO TRABAJO PREVIO DE INVESTIGACIÓN SOBRE EL ENTREVISTADO. ESTAS CARACTERÍSTICAS HACEN DE LO CHARLADO Y COMPARTIDO EN ESTOS ENCUENTROS UNA OPCIÓN DE LECTURA GRATIFICANTE.

A continuación, reproducimos la entrevista a **Elsa Bornemann** realizada por Luciana Beker PUBLICADA EN EL N° 1 DE LA REVISTA **Compinches** (BUENOS AIRES, ABRIL DE 2001). IMAGINARIA AGRADECE A CAROLA BEKER Y A SERGIO EFRÓN, DIRECTORES DE **Compinches**, LA GENTILEZA Y AUTORIZACIÓN PARA SU REPRODUCCIÓN.

#### **Periodistas por un día: Entrevistando a Elsa Bornemann**

Entrevistadora: **Luciana Beker.**

—¿Para qué edad pensás que es **CUENTOS A SALTO DE CANGURO**?

—Yo no estoy de acuerdo con poner las edades, pero comprendo que las editoriales, los colegios y las librerías necesitan una orientación. O sea, va una mamá y dice: «Tengo un nene de 9 y otro de 12, ¿qué les puedo llevar?», entonces los libreros se fijan en eso, porque no leen todo lo que venden. Las editoriales lo ponen también con ese propósito. Les parece que va más o menos para esa edad. Pero hay criaturas que lo que está dirigido

—suponete— para 12 años lo leen a los 7 y lo entienden perfecto, y al revés, a algunos de 15 les tenés que dar un libro para 5 porque no entienden.

—**¿Cuándo les ponés los nombres a los libros?**

—A veces se me ocurren antes, porque tienen que ver con lo que va a pasar. Por ejemplo, cuando decidí escribir cuentos de terror, yo pensé: «Si pasa algo que le da miedo, ¿qué dice uno? ¡¡Socorro!!». Entonces dije: «Ya está, se llamará SOCORRO».

—**¿La historia de EL NIÑO ENVUELTO es de verdad?**

—Yo siempre les explico a los chicos que hay una gran diferencia entre la realidad y la ficción. Si yo trabajara absolutamente con la realidad, tendría que ser una excelente periodista, entonces contaría, por ejemplo: «Hoy me encontré con Luciana, a las 18 horas, un día caluroso». Ahora si yo esto lo quiero contar en un cuento, entonces tengo la libertad de agregarle cosas. Por ejemplo, como sos hija de mellizos puedo poner: «Yo no llegaba por el calor... Luciana estaba allí, pero me di vuelta, y había otra Luciana, y vi venir por la puerta de entrada a otra Luciana...», como si vos fueras trillizas... y el escritor tiene esa libertad, eso se llama ficción.

En EL NIÑO ENVUELTO están mezcladas historias mías, historias de los chicos, historias del pibe que viví a en mi casa, que es cierto. Vivía en el tercer piso, y yo desde el quinto le bajaba una canastita con libros, y él me ponía cartitas. Venía mucho a casa, me hice muy amiga de sus papás, éramos compañeritos de alguna manera. Él no se llama Andrés (como el protagonista del cuento). No le puse su nombre porque como ahí aparecían cosas que no tenían que ver con la familia de ellos, me parece que no es correcto.

Todo lo que un escritor escribe, Luciana, está basado en lo que siente, en lo que piensa, en lo que sucede, pero lo puede escribir, porque por eso es escritor, incluso como le hubiera gustado que pase. Incluso, dejando el final abierto, porque, aunque los grandes no lo creen, a los chicos les gustan los finales así. Por ejemplo, han pasado tantos años desde que yo escribí que una chica parece que desaparece adentro de un lavarropas. ¡¡Para qué lo habré escrito!! Me lo preguntan siempre...

—**¿Vos más o menos cuánto tardás en escribir un cuento?**

—Cuando empiezo, muy rápido. Tardo los días anteriores. A veces estoy meses pensando en algo, tomo notitas, pero una vez que lo voy a escribir, lo tengo todo más o menos pensado.

—**Sabemos que sos maestra y doctora en letras. ¿Ejerciste alguna vez?**

—Sí, sí, sí. De maestra jardinera, de maestra de escuela primaria, de profesora de secundaria y en la universidad también.

—**¿Y doctora?**

—Y sí... ¡Curé muchas letras y muchas palabras! (Risas).

—**¿Cómo eras con tus alumnos?**

—Afortunadamente, me llevaba muy bien. Los chicos me tenían simpatía y yo también a ellos. Es que realmente los seres que más me gustan en la vida son los chicos. Y después de ellos, me gustan mucho también los animales.

—**También sabemos que trabajaste como azafata. ¿Cómo fue?**

—Yo creía que me iba a encantar ser azafata. Y después que trabajé... ¡no! Pero no porque me diera miedo el avión, sino porque tenía que estar todo el tiempo sirviendo a la gente, atendiendo a todos, asistiendo a las personas que se asustaban... Y yo dije: «Bueno, ya probé, ya está bien».

—**¿Recordás alguna anécdota de esa época?**

—Sí, yo decía: «Perdón, voy al baño», y me metía ahí. En realidad, era porque se me estaba ocurriendo algo para escribir. Me encerraba en el baño y escribía poemas.

—**¿Te leían de chiquita?**

—Mi papá, sobre todo. Pero ¿ustedes saben? Una risa... Mi papá era alemán; entonces, él me leía en alemán y me decía: «Si prestás mucha atención, lo vas a entender». Pero como él no me traducía, ¡yo me imaginaba cualquier otra cosa! Y después mi mamá me inventaba cuentos.

—**En la dedicatoria del libro TINKE-TINKE escribiste: «A mi mamá, Blancanieves Fernández de Bornemann, que nutrió mi infancia con poesía».**

—Claro, porque también me leía poemas. Yo le llevaba los libros para que ella me los leyera. Tenía cuatro o cinco años y estaba muy desesperada por aprender a leer. Mi mamá me leía mucho, pero mis hermanas, que eran grandes, no. «¡Aprendé a leer!», me decían. Ahora, ¿vieron que mi mamá se llama Blancanieves? Todos los chicos se ríen cuando voy a los colegios y me dicen: «¿Cómo? ¿Sos una hija de Blancanieves?»

—**Y cuando empezaste a leer sola, ¿qué leías?**

—Cuentos, novelas y poesía; sobre todo poesía. Existen tantos autores extraordinarios, ¿no? Sobre todo, leo a autores españoles y argentinos, muchísimo. Era y sigo siendo muy lectora. La lectura me encanta y también la radio. La televisión no tanto. Escucho mucha radio de noche, porque yo por la noche duermo poco. Siempre, ¿eh? De chica también.

—**Qué otras cosas conservás de cuando eras chica?**

—Conservo recuerdos, objetos —como mi muñeca preferida, Pelusita— y características de mi personalidad. Ya desde chica escribía. En la escuela primaria sufrí mucho con las composiciones, porque cuando tenía ocho o nueve años me llamaban de la dirección y me preguntaban: «¿Cuál de tus hermanas te escribió la redacción?». Yo no me daba cuenta de si estaba mal o bien escrita; no tenía ni la menor idea, para nada. Entonces, no entendía por qué me sentaban ahí y me decían esas cosas. Después llamaban a mi mamá y ella decía: «No, la escribió ella». Además, si yo escribía las composiciones en el aula, ¿cómo me las iban a escribir mis hermanas?

—**Había Jardín de Infantes cuando vos eras chica?**

—Sí, había, pero a mí no me mandaron. El jardín era el fondo de mi casa. A mi papá le gustaban muchísimo los árboles, las plantas; estaba lleno de verde, hermoso. El jardín de mi casa: ése fue mi jardín.

—**¿Tenías muchos amigos?**

—Siiií. sobre todo, varones. Cuando yo era chica, en general, las mamás no querían que las nenas estuvieran con amigos varones. Pero en mi casa no pasaba eso. Era, como me decían entonces, varonera. ¿Por qué? Porque íbamos a la plaza, nos trepábamos a los árboles... Me encantaba. con ellos me divertía muchísimo.

—**¿Y algún novio?**

—Tuve candidatos hacia mí. Había uno, que era hijo de un ucraniano y una gallega, que vivía a la vuelta de casa. Tenía un año más que yo y desde los ocho se había enamorado de mí. El papá, cuando me veía, me decía con su acento ucraniano: «Ahí vino mi NUEGGA, ahí vino mi NUEGGA». No sé, el otro se obsesionó y me dijo: «Estoy enamorado de vos» con su voccecita de ocho años. Y yo le contesté: «¡Pero yo no!». Bueno, entonces, ¿saben lo que hacía? Pasaba dos o tres veces por semana por la puerta de mi casa con un rebenque en la mano y gritaba: «Elsy, si no aceptás ser mi novia, vas a ver lo que hago!», y golpeaba el rebenque contra el cordón de la vereda. No nos hemos vuelto a ver desde hace mil años, pero me sigue llamando de vez en cuando para ver cómo estoy... El primer noviecito lo tuve a los catorce años; nos tocábamos de lejos con los dedos... no era como ahora...

—**¿Cómo eran los chicos de antes?**

—Y... quizá vivíamos una época más sana. Por ejemplo —ojo que esto que voy a decir es una generalización—, a mí me asusta muchísimo que los chicos (y digo chicos porque a los doce, trece, catorce son todavía chicos, ¿no?) tomen alcohol y droga. Acá cerquita de mi casa hay un boliche, y la madrugada del sábado, del domingo y el lunes es un bochinche impresionante, a las seis o siete de la mañana. Yo salgo al balcón, los veo y son chicos chiquitos. Y eso no pasaba antes.

—**¿Por qué quisiste ser escritora?**

—Porque me encantaban los libros. Y después, hay cosas que uno no sabe exactamente por qué, pero quizás hasta el día de hoy tengo ciertos problemas para comunicarme hablando y no para hacerlo escribiendo. Por ejemplo, a mí no me gusta el teléfono.

—**¿Por qué?**

—¡Ustedes no fueron telefonistas de chica! Mi papá era relojero campanero y tenía el taller en el fondo de mi casa. Entonces, lo llamaban de muchos lados por trabajos y él me pedía a mí que atendiera el teléfono. Por otro lado, mi hermana mayor ya tenía sus noviecitos y me decía: «Atendé y decí que no estoy». La otra, lo mismo. Entonces, yo estaba harta de atender el teléfono. Por eso me encantó cuando salió la computadora, aunque yo —copiando a Rolando Hanglin, que habla de la Organización de Sufrimiento Argentino— llamo a mi computadora la OSA, porque hay días en que no anda nada. Un desastre, ¿no? Pero me encanta mandar y recibir mails... Y lo que extraño son las cartas escritas a mano que le llegaban a uno antes, con la letrita de cada uno de los amigos... en la que uno los podía reconocer.

—**Por qué pensás que tantos chicos te escriben?**

—Supongo —aunque yo no tengo la explicación, porque sinceramente no la tengo— que porque les gusta lo que escribo. Como a mí me hubiera gustado escribirle a Lewis Carroll, el autor de ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, y a tantos otros autores que ya cuando yo era chica no existían, ¿no? Estaban los libros. Había pocos autores en la Argentina que escribían para chicos, hasta que apareció la extraordinaria María Elena Walsh. Y después yo empecé escribiendo para chicos, pero sobre temas de los que no se escribían acá, como el terror o el amor. Y tuve algunos problemas.

—**¿Cuáles?**

—Con el libro UN ELEFANTE OCUPA MUCHO ESPACIO, fui prohibida en el año 1977. El año anterior había recibido un premio internacional muy importante y supongo que a alguna gente le dio envidia. No creo que el general Videla (N. de la R.: primer presidente de la dictadura militar que comenzó en 1976 y duró hasta 1983) lo haya leído, ¡para nada! Pero lo prohibieron diciendo que era izquierdista, y no era para nada así. Pronto, si Dios quiere, se va a hacer una versión teatral de ese libro. Cuando me prohibieron eran momentos muy tremendos, en los que desaparecía la gente... y me acuerdo de que mi padre me dijo: «Andate a vivir a Europa. No te quedes acá porque esto es muy peligroso». Pero yo, sinceramente si me hubiera ido, me habría muerto de tristeza, sola y por esa causa... entonces, me quedé acá.

—**¿Tenés una receta para que tus libros les gusten a los chicos?**

—No, no, para nada. Escribo lo que siento que me gustaría leer si yo fuera chica. A mí me hubiera gustado leer poemas de amor.

—**Cuando estás haciendo cualquier otra cosa, ¿se te ocurren ideas para escribir?**

—Sí. De noche... ¡no saben cuántas veces prendo una linterna chiquita para no despertar a mi marido! Tengo papelitos al lado de la cama y de pronto se me ocurre algo y lo anoto, porque después se me puede ir, se me puede volar. Sí, siempre ando con papeles y la birome para anotar cosas. Si se me ocurre algo, ¡pic!, lo agarro.

—**¿Qué cosas de la realidad te llaman la atención?**

—Sobre todo, me llama la atención que desde el principio del mundo los seres humanos no son pacíficos. Eso me pone muy mal, porque la violencia no empezó ahora. Si ustedes leen historia, la violencia, la envidia, todas esas cosas, estuvieron desde el principio de los tiempos. Eso me llama muchísimo la atención.

—**¿Qué cosas te hacen reír?**

—Ah, muuuuchas. Empezando por casa, mis perritas porque parecen dos nenas. Y arman un lío... Desde las seis de la mañana quieren jugar: para aquí, para allá, para aquí, para allá, para aquí, para allá... Y después me gustan y divierten mucho los chistes de Fontanarrosa, Nik, los dibujos de Sábato.

—**¿Qué se puede hacer con un chico al que no le gusta leer? ¿Hay que hacer algo?**

—En general, el chico al que no le gusta leer es porque en la casa nadie lee. No ve a su mamá o a su papá leyendo con placer... Después estaría la escuela: que haya un maestro, una maestra, un profesor, una profesora que les transmitan a los chicos: «¡No saben lo que se pierden!». Y que les lean algo... les cuenten... Pero, si no sucede, es muy difícil que un chico disfrute de leer.

—**¿Por qué un libro o un autor se convierten en «clásicos»?**

—Porque le gusta a una generación, y después a otra, a otra y a otra. Si pasan varias generaciones —muuuuuchos años— y se sigue leyendo, es un clásico.

—**¿Qué es lo que tiene que pasar para que eso suceda?**

—¡Ah... qué intriga tengo... no sé!

—**¿Lees tus libros?**

—Sí, antes de publicarlos, sí. Los leo para corregirlos, recorregirlos, ver si repetí palabras... Pero no después de publicados. Sería como rascarse el ombligo, ¿no?

**Elsa Bornemann y las 5 preguntas con vueltas**

**1) ¿Cuál era tu juego favorito?**

Jugar con las muñecas, andar en bicicleta, caminar, jugar a la escondida. Después, jugar al ludo, al ta-te-ti, a todo ese tipo de juegos.

**¿Y cuál, el que menos te gustaba?**

El truco, porque nunca lo aprendí.

**2) ¿Qué es lo que más te gustaba del colegio?**

Encontrarme con mis compañeras.

**¿Y lo que menos te gustaba?**

Los exámenes de matemáticas. Pero, ojo, ¿eh? Siempre salía bien. Sin embargo, era un esfuerzo... porque no me gustaba para nada...

**3) ¿Qué te asustaba?**

Por supuesto, perder a los seres queridos. Otra cosa, la verdad no me acuerdo.

**¿Frente a qué te sentías valiente?**

Y... para cuidar a mis animalitos, siempre. Y también cuando mi papá tuvo que viajar a Europa por trabajo. Se fue por siete meses y se quedó por siete años por problemas económicos. Lo extrañé muchísimo, como se imaginarán. Me hacía sentir valiente ayudar a mi mamá para que se sintiera mejor.

**4) ¿Por qué «macanas» te retaban?**

Me retaban, como a todos los chicos... Mi mamá salía a la puerta y me decía: «¡Nenaaaa, vení a tomar la lecheeee!» porque yo seguía y seguía jugando...

**¿Por qué cosas te felicitaban?**

Mi familia no era muy felicitadora. Pero siempre sentí mucho afecto de mis padres y de mi familia y de vecinos queridos, o sea que no me puedo quejar.

**5) ¿Qué era lo que más te gustaba cuando ibas a la casa de tus abuelos?**

Únicamente llegué a conocer a mi abuelo materno, que era español y vivía en Lomas de Zamora. Me gustaban los animalitos que tenía y que me regaló una gallinita pigmea. Era chiquitita, blanca y se llamaba Coquita. Vivió como once años. Venía, entendía palabras. era muy graciosa, una cosa increíble.

### **¿Y lo que menos te gustaba?**

La esposa con la que se había casado mi abuelo, porque era antipática y tenía celos, ¡seguro!, de nosotros.

## **TEXTO INFORMATIVO: EL MIEDO**

### **¿EN QUÉ CONSISTE EL MIEDO?**

POR REDACCIÓN NATIONAL GEOGRAPHIC

### **¿EN QUÉ CONSISTE EL MIEDO?**

FOTOGRAFÍA DE **NATIONAL GEOGRAPHIC**

10 DE OCTUBRE DE 2010

El ser humano, desde que tiene conciencia de tal, ha tenido una serie de sentimientos innatos, y uno de ellos, y quizá sea una de las características principales para su supervivencia, siempre ha sido el miedo.

Limitador y beneficioso por igual, el miedo ha sido el culpable de guerras e incultura, y a la vez, inspirador de arte y colaborador para nuestra supervivencia... ¿En qué consiste este impulso humano?

### **El miedo en su ámbito físico biológico**

El miedo se encarga en muchas ocasiones de hacernos conscientes de los peligros externos que nos pueden amenazar, y nuestro organismo los interpreta de la siguiente forma:

Primero los sentidos captan el foco de peligro, pasando a ser interpretado por el cerebro, y de ahí pasa a la acción el sistema límbico. Este se encarga de regular las emociones de lucha, huida, y, ante todo, la conservación del individuo. Además de todo esto, también se encarga de la constante revisión de la información dada por los sentidos, incluso cuando dormimos, para poder alertarnos en caso de peligro.

Cuando esto ocurre, se activa la amígdala, que se encarga de desencadenar todo el sistema del miedo, y entonces nuestro cuerpo pasa a sufrir las siguientes reacciones:

- Aumento de la presión arterial
- Aumento de la velocidad en el metabolismo



- Aumento de la glucosa en sangre
- Detención de las funciones no esenciales
- Aumento de adrenalina
- Aumento de la tensión muscular
- Apertura de ojos y dilatación de pupilas

En determinados momentos de miedo, puede llegar el pánico, que hará que se desactiven nuestros lóbulos frontales, retroalimentando el miedo y haciendo que se pierda la noción de la magnitud de este y en muchas ocasiones el control sobre la conducta de uno mismo.

Más información sobre el cerebro

### **El miedo en la sociedad**

El miedo, comenzó siendo algo positivo en las sociedades prehistóricas, que salvaguardaba a nuestros antecesores de peligros como los depredadores, las inclemencias del tiempo y demás amenazas, colaborando así en la supervivencia de la especie.

A medida que las sociedades fueron avanzando, las teorías sobre los temores fueron creciendo paulatinamente a estas, siendo utilizado en muchas ocasiones por los grandes poderes para controlar a las masas o para moldear a las poblaciones a su antojo.

Un ejemplo claro de esto fueron las grandes políticas autoritarias, que se apoyaban en el terror para asentar sus mandatos, como el nazismo que asoló Europa durante los años 30 y 40 del siglo pasado, que basó gran parte de su poder en el miedo. También la fundación de terrores en contra de otros colectivos o etnias ha ayudado a la consolidación de sistemas políticos, demonizando y achacando males y peligros a diversos grupos que en muchas ocasiones distaban de encarnar las características que se les atribuían.

Las religiones y muchas supersticiones, también se utilizaron para paliar los miedos, como por ejemplo las promesas vikingas del Valhala, el paraíso donde iban los muertos caídos en combate, que, a través de esa creencia, los guerreros perdían su miedo a la muerte en la batalla. Muchas creencias han ayudado a las personas a lo largo de la historia como catarsis contra fobias o como impulso para la superación de terrores.

Los dioses vengativos, el infierno y las deidades malignas, las criaturas sobrenaturales... siempre han hecho que los crédulos vivan temerosos de realizar actos “moralmente reprobables”, simplemente por el miedo a lo desconocido. Varios rasgos comunes en muchas religiones siempre han sido el fin del mundo y los entes malignos, sembrando el pánico entre los fieles y dejando resquicios de terror entre las sociedades modernas

### **El miedo en el imaginario popular y el arte**

La exploración de los sentimientos más oscuros del ser humano siempre ha sido algo que ha cautivado al ser humano, intentando interpretarlo y acentuarlo en todas las vertientes culturales.

Desde las gárgolas de las catedrales, que evocan monstruos horrendos con escorzos agónicos hasta el moderno cine de terror, desde que el ser humano tiene conciencia de tal, siempre se ha regocijado en sus miedos, y, mientras que muchos de estos se mantienen desde el principio de los tiempos (deidades malignas, la muerte, terrores sobrenaturales) otros, se han ido refinando o apareciendo a medida que la sociedad avanzaba, como las fobias sociales, o las angustias modernas. Los artistas de todos los tiempos no han dudado en explotar este sentimiento humano, y desde siempre podemos ver ejemplos de arte terrorífico en todas las disciplinas posibles y en todas las vertientes de este...

---

## UNIDAD N°2

---

### **EL MITO HELÉNICO DEL DILUVIO UNIVERSAL**

Dentro de la mitología griega, con las cinco estirpes humanas creadas por los dioses, la última fue la peor y la más mala de todas. Zeus (dios supremo del Olimpo) cansado de la maldad de los seres humanos decidió crear un terrible y final diluvio universal que acabara con ellos. En ese momento, Zeus era el dios más importante del panteón helénico. Zeus, dios supremo helénico, abre el cielo para generar las lluvias y porta la corona y el rayo identificativo de su poder supremo

Prometeo era un Titán amigo de los mortales y era honrado por haber robado el fuego de los dioses y darlo a los hombres para su uso. Prometeo fue castigado por Zeus por este hecho. Pero Prometeo hizo más por la raza humana, fue su salvador: contó a su hijo Deucalión y su esposa Pirra las intenciones de Zeus para con el diluvio universal y así eliminar a la raza humana.

Prometeo le dijo a su hijo Deucalión que construyese una gran nave o embarcación, en la cual dispusieron todo lo necesario para resguardarse de un diluvio universal. Y así sobrevivieron.

El mito menciona que el diluvio fue ocasionado por el viento Austro (del sur): "sólo se dio salida al Austro, el cual se precipitó a la Tierra cargado de lluvia".

Al terminar el diluvio, después de nueve días y nueve noches, y una vez que se secó la tierra y las aguas retrocedieron al mar, el arca de Deucalión se posó sobre el monte Parnaso, en donde estaba el oráculo de la diosa Temis.

Deucalión y Pirra entraron en el templo para que el oráculo les dijera qué debían hacer para volver a poblar la Tierra, y la diosa sólo les dijo: «Vuélvanse hacia atrás y arrojen los huesos de su "madre".»

Deucalión y su mujer adivinaron que el oráculo se refería a las rocas (diosa Gea). De esa forma, las piedras arrojadas por Deucalión se convirtieron en hombres, y las arrojadas por Pirra en mujeres.

De esta forma fue creada la nueva y renovada especie humana a partir de dos seres humanos. El primero de ellos fue Helen se engendraron los helenos.

El mito heleno es muy parecido a otros mitos de lugares cercanos: Zeus es el dios castigador que quiere eliminar a la raza humana, los seres humanos se habían vuelto malos por desobedecer las leyes de los dioses, otro dios o un semidiós cuenta los planes de Zeus a un elegido, éste y su familia construyen un arca, se genera por Zeus un suceso-castigo donde la lluvia persistente y abundante es la protagonista, se salvan y son los responsables para fundar una estirpe especial y generadora del pueblo elegido para reiniciar la estirpe humana.

---

#### Teseo y el Minotauro - Franco Vaccarini

---

Minos, poderoso rey de Creta, no podría haber imaginado jamás aquella pesadilla, aquella aberración para su linaje; su esposa Pasífae había tenido un hijo, el híbrido Asterión, que no respetaba ninguna ley natural: un toro... ¡No! ¡La cabeza de un toro con el cuerpo de un hombre! Minos encargó que le construyeran una morada en la que el monstruo viviría para siempre, aislado de la curiosidad del pueblo. Dédalo, el mayor arquitecto de su tiempo, se abocó con deleite a la invención de un palacio generoso en vueltas y revueltas, con múltiples pasadizos sin referencias, con salas que parecían en esencia la misma sala, con puertas que de pronto desnudaban la escasa luz de corredores amplios que conducían a otras salas y a otros corredores y pasadizos hasta llegar a un corredor, el mayor de todos, donde dejaron a la brutal criatura, que solo se alimentaba de carne humana. Desde ese corredor central se abrían galerías en todas las direcciones, y por más que se caminara, siempre se volvía al centro y al Minotauro. De tal modo se ocultó al monstruo de los ojos del vulgo y de su espantado padre. Minos era un rey amado por todos los cretenses: tenía capacidad de impartir justicia y leyes con sabiduría. Además, era un buen estratega en la guerra: golpeaba a sus enemigos en el momento en que estos se encontraban más débiles. Así, acrecentó el tamaño de su reino enviando expediciones de conquista que siempre culminaban con victorias resonantes. Entre sus hijos, prefería a la inteligente Ariadna, gran tejedora, y al fuerte Androgeo, un atleta insuperable en la carrera, el lanzamiento del disco o el pugilato: todo lo hacía con una destreza única. Cuando Androgeo recibió una invitación para competir en Atenas, Minos no dudó en autorizar su partida. Androgeo triunfó en todas

las competencias, sin sospechar que esto le costaría la vida, porque despertó la ira y la envidia de sus competidores y del mismo rey de Atenas, Egeo. Poco después, Minos recibió la noticia funesta: Androgeo había muerto en tierras griegas, bajo circunstancias dudosas. Entre lágrimas y lamentos, se juramentó para vengar a su hijo. Envío a la mayor parte de su flota para poner de rodillas a la orgullosa Atenas, pero esto no le fue posible. El ejército ateniense resistía con fiereza los embates, y las posiciones no avanzaban. Al ver que su deseo de una rápida conquista no era posible, Minos le pidió a Zeus, el soberano de los dioses, que lo ayudara en su causa. Enseguida, una extraña peste se propagó por Atenas y cientos de habitantes murieron, en tanto las cosechas se arruinaban y el ganado perecía. Pronto, el fantasma del hambre asedió a la ciudad. Empujado por el pánico de los ciudadanos, Egeo consultó a su oráculo, el cual no dudó: para que la peste y el hambre retrocedieran, había que concederle a Minos lo que él pidiese. Egeo envió un emisario a la corte enemiga. - ¿De veras me darán lo que pida? – dijo Minos, con ojos ardientes. - Esas son las órdenes que debo obedecer; ese el motivo de mi visita a tu reino – respondió el emisario. - Quiero que, una vez al año, Atenas me entregue un tributo: siete jóvenes y siete doncellas. Ante la sorpresa del emisario, el rey aclaró con malicia: - Serán pasto del Minotauro. Entrarán a su laberinto sin armas; si acaso alguno de ellos lo vence y luego logra dar con la salida, prometo que se podrá marchar libremente. Y así quedó sellado el terrible destino de catorce jóvenes. ¡Catorce familias de luto! Y al año siguiente, otros catorce... ¡Ninguno regresaba! ¡Nada más se sabía de ellos! Entraban indefensos, temblorosos, en habitaciones que parecían repetirse sin cesar, mientras en alguna encrucijada... conocían al Minotauro. ¡Y era lo último que conocerían en sus vidas! Mientras Minos disfrutaba su venganza cruel y desproporcionada, las cosas no iban bien en Atenas para el rey Egeo. El pueblo comenzaba a manifestar su indignación por el acuerdo, que enlutaba a tantas familias. Teseo, hijo del rey, y un héroe admirado por sus compatriotas, tomó la decisión de ayudar a su padre. - Padre, este año me sumaré a los jóvenes que darás como tributo a Creta. Mataré al Minotauro y regresaré. - No, hijo, lucharás contra dos imposibles a falta de uno: aun si mataras al Minotauro, no podrías salir del laberinto. - Confía en mí, algo se me ocurrirá – respondió Teseo, que era fuerte y hábil para la lucha, y ya había superado pruebas difíciles, a pesar de su juventud. Cuando llegó el día, Teseo partió a Creta con los elegidos, a quienes animó durante el trayecto. Su optimismo los contagió de tal modo que todos creían en su victoria... ¡tal era la convicción de Teseo! Minos se asombró de que Egeo enviara a su propio hijo para ser devorado por el Minotauro. Por el gusto de conocer a ese príncipe a punto de morir, lo invitó a un austero banquete antes del sacrificio. - Tu fama es justa, veo que no te falta valor – reconoció Minos. Quiso el destino que entrara a la sala Ariadna, la hija de Minos, y de inmediato se sintió atraída de modo fulminante por Teseo. Tan piadosa como enamorada, aprovechó una distracción de su padre para entregar a Teseo un ovillo de hilo. - Suelta el hilo al entrar al laberinto y podrás encontrar el camino de regreso. Solo te exijo que, a cambio, me concedas lo que te pida. A Teseo eso le recordó algo, pero, de todos modos, aceptó la propuesta. - De acuerdo, ¿y qué deseas? - Irme contigo, ese es mi deseo. Quiero que me lleves a tu tierra y nos casemos. - Trato hecho – concedió Teseo. ¡La princesa era hermosa y él no tenía nada que perder! Poco después, Teseo fue introducido en el laberinto, seguido por sus aterrados compañeros. Tomó al pie de la letra el consejo de la astuta Ariadna y comenzó a devanar el ovillo. - Ustedes espérenme aquí. No den un paso más – ordenó al resto, para que no se alejaran de la salida. Y se perdió en salas oscuras, sumidas en un silencio atroz, cortadas por pasadizos que olían a tiempo, a lluvias viejas, a la humedad que se colaba entre las piedras. De pronto, una figura contrahecha, gigantesca, con una cabeza de toro coronada por dos cuernos puntiagudos sacudió la tierra bajo sus pies, con la impaciencia del hambre, con la ansiedad del cazador que aguarda a su presa... Una luz mezquina se filtraba desde lo alto. Allí estaba el Minotauro, el tímido y feroz hijo de Pasifae, el espanto y la vergüenza

de Minos. La criatura emprendió una loca carrera hacia Teseo, con la boca abierta, anhelando la sangre del héroe. Pero Teseo era fuerte, era joven: ya había vencido a grandes oponentes. Sacó la corta espada que había ocultado entre sus ropas y con ella atravesó el cuello bestial de su oponente. Repitió la estocada. Y otra vez. Y otra, hasta el último estertor. No podía permitir más sacrificios, no habría más luto en Atenas. Después, no hizo más que deslizar sus dedos por el hilo y volver por lo andado, hasta encontrar a sus compañeros de viaje, y la salida. Afuera, la noche al menos tenía una miríada de estrellas, la luna, el aire fresco; no era la noche ciega y sórdida del laberinto. Teseo fue por Ariadna y luego se ocupó de quemar por entero la flota cretense amarrada en el puerto. En cuanto se aseguró de que nadie lo podía seguir, se marchó a toda vela rumbo a la libertad y a la vida.

PARA RESPONDER EN LA CARPETA: 1. ¿Quién es el protagonista? ¿Coincide con el héroe de la historia? 2. ¿Quién es el héroe de la historia y qué lo determina como tal? 3. ¿A qué género te parece que pertenece esta historia? ¿Por qué?

## LA LEYENDA DE LA FLOR DEL CEIBO

Según cuenta la leyenda la **flor del ceibo** nació cuando **Anahí** fue condenada a morir en la hoguera, después de un cruento combate entre su tribu y los guaraníes.



Por entre los árboles de la selva nativa corría Anahí. Conocía todos los rincones de la espesura, todos los pájaros que la poblaban, todas las flores. Amaba con pasión aquel suelo silvestre que bañaba las aguas oscuras del río Barroso. Y Anahí cantaba feliz en sus bosques, con una voz dulcísima, en tanto callaban los pájaros para escucharla. Subía al cielo la voz de la indiecita, y el rumor del río que iba a perderse en las islas hasta desembocar en el ancho estuario, la acompañaba.

Nadie recordaba entonces que Anahí tenía un rostro poco agraciado, ¡tanta era la belleza de su canto.

Pero un día resonó en la selva un rumor más violento que el del río, más poderoso que el de las cataratas que allá hacia el norte estremecían el aire. Retumbó en la espesura el ruido de las armas y hombres extraños de piel blanca remontaron las aguas y se internaron en la selva. La tribu de Anahí se defendió contra los invasores. Ella, junto a los suyos, luchó contra el más bravo.

Nadie hubiera sospechado tanta fiereza en su cuerpecito moreno, tan pequeño. Vio caer a sus seres queridos y esto le dio fuerzas para seguir luchando, para tratar de impedir que aquellos extranjeros se adueñaran de su selva, de sus pájaros, de su río.

Un día, en el momento en que Anahí se disponía a volver a su refugio, fue apresada por dos soldados enemigos. Inútiles fueron sus esfuerzos por librarse, aunque era ágil.

La llevaron al campamento y la ataron a un poste, para impedir que huyera. Pero **Anahí**, con maña natural, rompió sus ligaduras, y valiéndose de la oscuridad de la noche, logró dar muerte al centinela. Después intentó buscar un escondite entre sus árboles amados, pero no pudo llegar muy lejos. Sus enemigos la persiguieron y la pequeña Anahí volvió a caer en sus manos.

La juzgaron con severidad: Anahí, culpable de haber matado a un soldado, debía morir en la hoguera. Y la sentencia se cumplió. La indiecita fue atada a un árbol de anchas hojas y a sus pies apilaron leña, a la que dieron fuego. Las llamas subieron rápidamente envolviendo el tronco del árbol y el frágil cuerpo de Anahí, que pareció también una roja llamarada.

Ante el asombro de los que contemplaban la escena, Anahí comenzó de pronto a cantar. Era como una invocación a su selva, a su tierra, a la que entregaba su corazón antes de morir. Su voz dulcísima estremeció a la noche, y la luz del nuevo día pareció responder a su llamada.



Con los primeros rayos del sol, se apagaron las llamas que envolvían Anahí. Entonces, los rudos soldados que la habían sentenciado quedaron mudos y paralizados. El cuerpo moreno de la indiecita se había transformado en un **manejo de flores rojas** como las llamas que la envolvieron, hermosas como no había sido nunca la pequeña, maravillosas como su corazón apasionadamente enamorado de su tierra, adornando el árbol que la había sostenido.

Así nació **el ceibo**, la rara flor encarnada que ilumina los bosques de la Mesopotamia argentina. La flor del ceibo que encarna el alma pura y altiva de una raza que ya no existe.

Fue declarada **Flor Nacional Argentina**, por el 2 de diciembre de 1942. Su color rojo escarlata es el símbolo de la fecundidad en este país.

Leyenda Argentina

Un día las hormigas, pueblo progresista, inventan el vegetal artificial. Es una papilla fría y con sabor a hojalata. Pero al menos las releva de la necesidad de salir fuera de los hormigueros en procura de vegetales naturales. Así se salvan del fuego, del veneno, de las nubes insecticidas. Como el número de las hormigas es una cifra que tiende constantemente a crecer, al cabo de un tiempo hay tantas hormigas bajo tierra que es preciso ampliar los hormigueros. Las galerías se expanden, se entrecruzan, terminan por confundirse en un solo Gran Hormiguero bajo la dirección de una sola Gran Hormiga. Por las dudas, las salidas al exterior son tapiadas a cal y canto. Se suceden las generaciones. Como nunca han franqueado los límites del Gran Hormiguero, incurren en el error de lógica de identificarlo con el Gran Universo. Pero cierta vez una hormiga se extravía por unos corredores en ruinas, distingue una luz lejana, unos destellos, se aproxima y descubre una boca de salida cuya clausura se ha desmoronado. Con el corazón palpitante, la hormiga sale a la superficie de la tierra. Ve una mañana. Ve un jardín. Ve tallos, hojas, yemas, brotes, pétalos, estambres, rocío. Ve una rosa amarilla. Todos sus instintos despiertan bruscamente. Se abalanza sobre las plantas y empieza a talar, a cortar y a comer. Se da un atracón. Después, relamiéndose, decide volver al Gran Hormiguero con la noticia. Busca a sus hermanas, trata de explicarles lo que ha visto, grita: "Arriba... luz... jardín... hojas...verde... flores..." Las demás hormigas no comprenden una sola palabra de aquel lenguaje delirante, creen que la hormiga ha enloquecido y la matan.

